MIGUEL TOLOSA IGUALADA
Universidad de Alicante

La Trujamanía en la España del Medievo

Introducción

La actividad traductora, al igual que la actividad interpretativa, nacieron en el mismo instante en el que el *homo sapiens* alcanzó el estatus, si se me permite la expresión, de *homo comunicans*. En efecto, estas dos bellas actividades, eminentemente relacionales, son el resultado de una necesidad vital que, en principio, caracteriza al ser humano: la comunicación (racional). Ahora bien, resulta harto complicado, acaso utópico, establecer el momento exacto en el que ambas actividades surgieron. Los expertos en la materia aseguran que las primeras interpretaciones atestiguadas se dieron en Egipto hacia el año 1300 antes de Cristo, durante el período en el que la XVIII dinastía de faraones ostentaba el poder. De hecho, en la tumba de Horemheb -que reinó entre los años 1325 a 1293 antes de Cristo y que fue último faraón de dicha dinastía- aparece tallada la conocida imagen de un personaje en plena actividad interpretativa: en posición inclinada, el "intérprete" escucha el mensaje de un embajador asirio, para luego transmitírselo al faraón

Por lo que a la traducción se refiere, se suele decir que los primeros testimonios aparecieron hacia el año 1700 antes de Cristo. Se trata de una serie de textos escritos por la civilización sumeria a partir de caracteres cuneiformes, que constituyen, al parecer, la traducción literal del sumerio al acadio (*cf.* García Yebra, 1989).

No resulta, pues, peregrino pensar que estas dos actividades nacieran en momentos, lugares y contextos distintos con, eso sí, un objetivo común: hacer que dos (o más) personas, comunidades, etnias... que no compartían ni lengua ni, quizás, cultura, religión o costumbres pudieran llegar al mayor grado de entendimiento posible, siempre en aras a esa comunicación que, como nos ha demostrado el devenir histórico, no siempre fue tan racional. Dicho esto, es importante señalar que aquellos "prototraductores" no gozaron, por ejemplo, de los medios técnicos con los que hoy cualquier traductor o intérprete profesional cuenta. Ni diccionarios, ni cabinas, ni bases de datos, ni glosarios, ni *internet*... por ende, aquellos personajes tan indispensables, ya en épocas pretéritas, desempeñaron su función con la mejor de las intenciones posibles, pero siempre sujetos a una serie de déficits insoslayables. ¿En qué momento de la historia se llega, pues, a la profesionalización de la actividad interpretativa y de la actividad traductora?

La interpretación, considerándola desde su concepto moderno, es ciertamente muy reciente. De hecho, se suele situar el nacimiento de la consecutiva en los meses que subsiguieron a la finalización de la I Guerra Mundial, esto es el año 1919. Por primera vez, Paul Mantoux trabajó en consecutiva durante las negociaciones de Saint Germain. La simultánea, por su parte, se utilizó, por vez primera, durante la Conferencia Internacional del Trabajo celebrada en 1927. Aunque, sin lugar a dudas, el punto de inflexión en la evolución

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

de la simultánea se dio en 1945, tras finalizar la II Guerra Mundial durante el Proceso de Nuremberg. En aquella legendaria interpretación, el coronel Leon Dorstet se encargó de coordinar a tres equipos de intérpretes que trabajaron en alemán, inglés, francés y ruso.

Establecer el momento concreto en el que la traducción se torna "actividad profesional" resulta mucho más difícil. En este caso, nos limitaremos a decir que según M. A. Vega Cernuda (1994), Bruni emplea, por primera vez en 1440, en su *De interpretatione recta* el verbo *traduco*. Quizá ése sea el instante en el que se tiene verdaderamente plena conciencia de lo que es y supone la actividad translativa.

Sea como fuere, esas dos hermanas llamadas traducción e interpretación han ido siguiendo, a nuestro modo de ver, caminos distintos. Ahora bien, no siempre han estado tan distanciadas en el espacio y en el tiempo, ni sus límites se han dibujado con tanta nitidez. No en vano, en un momento y un lugar concretos de la historia (el Toledo de los siglos XII y XIII), la traducción y la interpretación alcanzaron -por una serie de circunstancias sociohistóricas bien concretas- un grado de dependencia y reciprocidad más acentuado del observado hasta entonces y del que se observaría en siglos posteriores. El traductor del medievo español y, en concreto el de los siglos XII y XIII, no fue ni traductor ni intérprete, sino las dos cosas al mismo tiempo. Fue trujamán, trujimán o, si se prefiere, truchimán.

Toledo en los siglos XII y XIII: crisol de trujamanes

En 1085, Alfonso VI recuperó para los cristianos la ciudad de Toledo, que había sido conquistada por los musulmanes en el año 711. En ese preciso instante empezó el esplendor de una ciudad que se consolidó en los siglos XII y XIII. El hecho de que Toledo fuera, durante estos dos siglos, uno de los focos culturales -sobre todo en el ámbito científico- más importantes de la Europa medieval -sin olvidar la relevancia de ciudades como París para el desarrollo de la teología, Bolonia para las leyes y Salerno para la medicina- no es, en modo alguno, fruto de la casualidad. Toledo desempeñaba el papel de "pasarela" por la que los conocimientos y la cultura de Oriente transitaban hasta llegar a Occidente. La ingente empresa traductora de estos dos siglos responde, a todas luces, a una avidez de conocimientos que sólo era posible adquirir en una España en la que la lengua científico-filosófica era el árabe.

La eficacia y la perfección con las que en Toledo se pudieron llevar a cabo las tareas traductoras hubieran sido, de todo punto, inconcebibles si no hubiesen confluido una serie de circunstancias bien concretas de tipo tanto humano como técnico. Debemos tener en cuenta, por ejemplo, que en el Toledo de los siglos XII y XIII convivieron, en una armonía más que destacable, árabes, judíos y cristianos. La interacción de estos tres pueblos tuvo, en el campo de la traducción, una importancia capital, puesto que, con mucha frecuencia, los doctos de cada una de estas tres culturas trabajaban conjuntamente en la traducción de las diferentes obras.

Fue, justamente, en el Toledo de estos siglos en donde nació lo que, tradicionalmente, se ha venido llamando *Escuela de Traductores de Toledo*. Empero, resulta, cuando menos, paradójico pensar que un error, precisamente, de traducción despistara durante varios lustros a los investigadores que estudiaban esa pretendida *Escuela de Traductores*. Lo cierto es que en 1819, Amable Jourdain habla, por primera vez, de un *Collège de Traducteurs à Tolède*. Dicha expresión se tradujo al pie de la letra y ello tuvo como consecuencia el error en la comprensión del concepto originario francés. Si bien es cierto que el término *collège* se puede traducir en español por *colegio* y, de manera un tanto más forzada, por *escuela*, no es menos cierto que, a nuestro entender, el concepto contenido en la expresión de Jourdain

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

se aproxima, más bien, a la idea a la que igualmente nos remite la voz latina *collegium* que pertenece a la familia de *colligere* y que significa *reunir, agrupar*. Consideramos, pues, que el término escuela no le permite al potencial cognitivo del hispanohablante pensar en un grupo de eruditos que pusieron su sapiencia al servicio, en un primer momento, de la Iglesia (siglo XII) y, posteriormente, del Rey (siglo XIII). Tampoco pretendemos dejar caer en saco roto un dato fundamental: desde hace varios años, se sabe que nunca existió un centro o institución que se dedicara a traducir o a enseñar la disciplina de la traducción. Ángel Sáenz-Badillos afirma que:

> Frente a la denominación tradicional de Escuela de traductores, que se ha venido repitiendo durante muchos años, hoy predomina entre los investigadores la tendencia a abandonar el empleo de ese término, que sin duda podría ofrecer un falso reflejo de la realidad. Evidentemente, nunca existió una "escuela" en sentido propio: no hubo un edificio o establecimiento público en el que se impartiera una instrucción, no hubo maestros que enseñaran la teoría o la práctica de este saber a unos discípulos concretos [...]. Está claro, en consecuencia, que el nombre consagrado de Escuela de Traductores de Toledo no debería entenderse en un sentido demasiado literal o físico, y que quizá fuera mejor no continuar empleándolo (SÁENZ BADILLOS, 1996: 65).

Por otra parte, desde siempre, se ha tendido a estudiar conjuntamente dos períodos de la historia de la traducción (siglos XII y XIII) que deberían abordarse, en nuestra opinión, de modo separado, puesto que las diferencias entre ambos constituyen un hecho palmario. Ambos períodos, como acabamos de ver, son conocidos con el nombre de *Escuela de Traductores*. No pensamos que sea pertinente tratar estos dos momentos como uno sólo, toda vez que los objetivos perseguidos por la traducción en cada uno de estos dos siglos distan mucho de seguir una misma línea de actuación. En este sentido, nos adherimos a la opinión de Clara Foz que comenta:

> El alcance político que Alfonso dio a «su» empresa, al separarse de los trabajos realizados en el siglo precedente, apenas ha tenido eco en la historiografía propia del dominio (a tal punto que los trabajos alfonsíes se han considerando durante mucho tiempo como la prolongación "natural" de los trabajos latinos, cuando la ruptura entre ambos es evidente) (CLARA FOZ, 2000: 146).

Así pues, a lo largo de la historia de la traducción, se ha venido destacando la figura de un clérigo cluniacense que, al parecer, fomentó la actividad traductora en el Toledo del siglo XII. Aludimos al arzobispo Raimundo de Sauvetat, personaje que siempre se ha visto envuelto de un halo de misterio y del que, en realidad, se conocen pocos datos. Se sabe que era originario de la Gascuña y que sirvió a la Iglesia de Toledo durante los años que van desde 1125 hasta 1152, año en que fallece.

Aunque los estudios llevados a cabo hasta la fecha indican que el arzobispo patrocinó la actividad de algunos traductores en nombre y beneficio de la Iglesia, son pocas las menciones directas que se hacen de este personaje en los prólogos de las traducciones, si exceptuamos la obra conocida con el título de *De differentia spiritus et animae.*

En cualquier caso, independientemente del grado de intervención que el arzobispo pudiera haber tenido en el mencionado mecenazgo, lo que queda fuera de toda duda es que la intención que motivó la traducción en el siglo XII, nada tiene que ver con la se observa en el siglo XIII. Durante el XII, se traducen al latín las obras que constituyen una parte capital del acervo árabe. Pero, ¿quién podía leer obras escritas en latín, en un siglo en el que la gran mayoría de la población era iletrada? Obviamente, sólo un reducido grupo de eruditos

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

vinculados, de una u otra forma, a la Iglesia estaba en condiciones de acceder a los preciados saberes orientales. La traducción apenas salía de los angostos círculos monásticos y clericales. Con ello, ésta adoptaba un carácter eminentemente elitista. No debemos, pues, desdeñar un hecho de suma importancia que atañe directamente a los objetivos perseguidos por la Iglesia: se traducía el saber árabe, pero lejos de ser la traducción un acto de comunicación neutro, se buscaba -con ella- desvirtuar los principios sobre los que se asentaba una religión, la practicada por los árabes de la época, que nada tenía que ver con los preceptos abogados por el cristianismo. Prueba de tal alegato contrario a las creencias preconizadas por el Islam es la traducción del Corán que, en 1143, encarga Pedro el Venerable, abad de Cluny, a los traductores Hermán de Carintia, Roberto de Chester, Pedro de Toledo y un mozárabe que respondía al nombre de Muhammad. En el prólogo de dicha traducción, el abad de Cluny comenta:

> He ido pues a encontrarme con especialistas de la lengua árabe, la que me ha permitido que este veneno mortal infestara a más de la mitad del globo. Les he persuadido, a fuerza de oraciones y de dinero, de que tradujeran del árabe al latín la historia y la doctrina de ese desgraciado, así como su ley, que llaman Corán.(LE GOFF, 1985: 20).

Ahora que ya conocemos una de las razones fundamentales que indujo a los sabios del siglo XII a traducir, cabría preguntarnos cuál fue el *modus operandi* que aquellos trujamanes siguieron a la hora de realizar su trabajo. En este sentido, los traductores del siglo XII constituían un grupo heterogéneo de eruditos que, sin ser expertos en lenguas, eran capaces de traducir del árabe al latín o, dicho de otro modo, de la lengua en la que estaban escritas todas las obras científicas y filosóficas greco-árabes, de las que la cultura occidental carecía, a la lengua en la que el clero se comunicaba. Esto era factible gracias al trabajo en pareja, método también conocido con el nombre de «traducción a cuatro manos» (DAVID ROMANO, 1996: 35), «versión oral intermedia» (GARCÍA YEBRA, 1983: 91) o «traduction à deux interprètes» (MARIE THÉRÈSE D'ALVERNY, 1986: 193). La hipótesis de «traducción a cuatro manos» se asienta en la convicción de que los doctos del siglo XII no conocían suficientemente el árabe y, por ende, se veían abocados a contar con la ayuda de un colaborador que solía ser un judío, un mozárabe o un musulmán. De los dos traductores, el arabista realizaba una versión oral en romance -era la lengua que ambos traductores conocían- del texto árabe y el latinista se encargaba de escribir dicha información en latín. Hasta la época alfonsí, no se tiene constancia alguna de que el texto en romance se pusiera por escrito. Existen una serie de documentos que apoyan la tesis de la «versión oral intermedia»: en la dedicatoria de la traducción del *De anima* realizada por el judío Avendehut y por el arcediano Dominicus Gundisalvi, el primero afirma:

> Habes ergo librum, vobis praecipiente, et me singula verba vulgariter proferente et Dominico archidiacono singula in latinum convertente, ex arabico translatum[1]... (citado en ANGEL SÁENZ-BADILLOS, 1996: 66).

Se conocen varias parejas de traductores que trabajaron conjuntamente con bastante asiduidad. Sabemos, por ejemplo, que además de Avendehut y Dominicus Gundisalvi, Gerardo de Cremona, el más prolífico de los traductores del siglo XII con más de ochenta obras traducidas, llevó a cabo la traducción del *Almagesto* con la ayuda de un mozárabe llamado

[1] Aquí tenéis este libro traducido del árabe por mandato vuestro; yo iba diciendo cada una de las palabras en lengua vernácula, y el arcediano Dominicus las ponía en lengua latina.

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

Gâlib y que el inglés Miguel Scot tradujo con la colaboración del judío Abuteus Levita el *De Motibus Celorum*.

Sin embargo, si bien esta manera de traducir constituye una novedad dentro del ámbito histórico-traductológico de la España del Bajo Medievo, dicho método no resultaría tan novedoso si centráramos nuestro estudio en la actividad translaticia allende las fronteras ibéricas. De hecho, ya en el siglo IV de nuestra era, San Jerónimo confesaba haber traducido el *Antiguo Testamento* del hebreo al latín pasando por el griego (lengua que ambos traductores conocían) con la ayuda de un erudito judío, como indica Clara Foz:

> Es una forma de proceder que se puede advertir a lo largo de toda la historia de la traducción. San Jerónimo, por ejemplo, la utilizó para traducir el Antiguo Testamento del hebreo al latín: recurrió a un rabino que le dictaba en griego, luego él transcribía al latín (CLARA FOZ, 2000: 87).

Así pues, en el siglo XII se traduce, del árabe al latín pasando por el castellano antiguo, por y para el estamento eclesiástico y siempre persiguiendo una intención apologética. Los traductores no forman un grupo compacto o gremio de especialistas en lenguas y ámbitos técnicos, como podían ser las obras de astronomía, sino que se trataba de una serie de hombres cultos, normalmente ligados a la Iglesia, que pusieron su competencia intelectual a disposición de ésta última.

El supuesto patrocinio de la actividad traductora por parte del arzobispo Raimundo duró 27 años (1125-1152). Sin embargo, el mecenazgo de la Iglesia no finalizó con la muerte del arzobispo francés, sino que se alargó durante unos cien años más (hasta 1252).

El período que abarca los años que van desde 1252 hasta 1284 (siglo XIII) y que coinciden con el reinado de Alfonso X el Sabio, suponen una clara ruptura con las tendencias observadas en el siglo XII, por lo que a la traducción se refiere. El hecho de que Alfonso X sea conocido como *el padre de la prosa castellana* tampoco es fruto de la casualidad. Este sobrenombre responde perfectamente al ingente esfuerzo que el Rey Sabio realizó para conseguir el florecimiento y el desarrollo de una lengua vernácula Tras varios siglos de hegemonía árabe en la Península, cuando Alfonso X llegó al poder, intentó, por todos los medios, sentar las bases necesarias para crear una nación homogénea y compacta. Ello pasaba, entre otros muchos factores, por recuperar y afirmar la identidad de un pueblo que había vivido sometido a los designios de la cultura dominante, por unificar los diferentes reinos de España en uno solo, por dotar al país de una cultura y, ¿cómo no?, por ofrecer la posibilidad a la sociedad de expresarse mediante una lengua común que fuera inteligible tanto para los eruditos como para el vulgo. De ahí que fomentara la traducción de las obras árabes -que seguían conteniendo los saberes que a los occidentales les resultaban todavía ignotos- al romance y ya no al latín. Ahora bien, el objetivo de dichas traducciones ya no perseguía fines apologéticos, ya no pretendía desvirtuar creencias religiosas como se había hecho en el siglo precedente. Las obras traducidas ya no iban dirigidas a un grupo hermético y concreto de eruditos que sabían latín: al traducir del árabe directamente al romance, los conocimientos ya no sólo se encontraban al alcance de unos pocos, pues, si bien es verdad que el pueblo no docto todavía no sabía ni leer ni escribir, no es menos cierto que aquél era capaz de entender el romance y de utilizarlo como lengua de comunicación cotidiana.

En 1251, siendo todavía infante, Alfonso X encarga su primera traducción del árabe al romance: una colección de cuentos indios que databan del siglo IV y que fueron traducidos en el siglo VIII al árabe. La obra a la que hacemos alusión se titula *Kalila wa-Dimna,* que se tradujo al romance como *Libro de Calila y Dimna.* Pero ésta no fue, ni mucho menos, la

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

única obra que patrocinara el Rey. De hecho, se suelen distinguir tres períodos dentro del mecenazgo del rey Alfonso X: el primer momento iría desde el año de su coronación, 1252, hasta 1260. Durante estos ocho años, el taller alfonsí se dedicó a realizar traducciones del árabe al romance. A lo largo del segundo momento (desde 1260 hasta 1270), la actividad del grupo disminuyó porque el Rey se vio obligado a abandonar provisionalmente su papel de coordinador del grupo, pues hubo de responder a sus obligaciones políticas en tanto que soberano. Finalmente, durante el tercer período (1270-1284), se siguió traduciendo pero en menor medida. Este momento se caracterizó, más bien, por las numerosas adaptaciones y retraducciones -traducciones anteriores revisadas y corregidas- que se llevaron a cabo. Un ejemplo de esto vendría dado por la retraducción que se hizo del *Libro de la açafeha* en 1277, cuya primera versión databa de 1256. En esta última etapa, también se tradujeron las obras, que anteriormente se habían vertido al romance, a otras lenguas como por ejemplo el francés.

Alfonso X el Sabio es conocido por haber reunido en torno de sí a una serie de traductores, en su mayoría judíos, que constituían un grupo homogéneo de expertos en lenguas. El método seguido por aquellos sabios a la hora de traducir seguía siendo la «traducción a cuatro manos», aunque la función del latinista se modificó ostensiblemente. De este modo, el arabista, al igual que había hecho durante el siglo XII y parte del XIII, vertía el texto del árabe al romance, pero ahora el latinista ya no se encargaba de traducir la versión romance al latín, sino que su trabajo consistía en naturalizar la versión romance que el arabista había llevado a cabo. En este sentido, el latinista -más que traductor- se aproximaba a lo que hoy denominaríamos corrector de estilo. La decisión del Rey Sabio de traducir del árabe al romance fue determinante para que la *lingua populi* cobrara firmeza y pudiera convertirse en el coiné de los habitantes de la Península Ibérica.

En otro orden de cosas, es sabido que dentro del grupo de traductores dirigido por el soberano castellano, cada miembro tenía asignada una función específica. De ahí que el gremio alfonsí, allende del latinista y del arabista, contara con otras figuras, hasta entonces desconocidas, como eran las del ayuntador, el enmendador, el copista, el glosador, el capitulador o el lector. A diferencia del siglo anterior, el Rey no trabajaba con cualquier erudito, sino que escogía a sus traductores en función de las aptitudes lingüísticas y culturales, que previamente habían demostrado. El Soberano quería ordenar y recopilar los conocimientos greco-árabes que se encontraban un tanto dispersos con el fin de dotar a España de unos ámbitos culturales que, por aquel entonces, todavía no poseía. Para ello, el Rey no fue únicamente el coordinador de los grupos de trabajo que se pusieron a sus órdenes, sino que él, personalmente, se encargaba de seleccionar las obras (en su mayoría, de astronomía, astrología y matemáticas) que se iban a traducir y, una vez traducidas, las revisaba y, llegado el caso, corregía su estilo El hecho de que dentro del taller alfonsí existiera un sentido de la coordinación y de la organización tan marcado comportó, de alguna manera, la «profesionalización» de la actividad traductora. En el círculo de traductores que ayudaron a consolidar la empresa alfonsí destacan algunas figuras como : Judá ben Mosé Alcohen, Ishaq ben Sayyid, Samuel ha-Leví, Juan de Mesina, Bernaldo el Arábigo, Álvaro de Oviedo, entre otros.

Por otra parte, el estatus de los traductores en el siglo XII nada o, muy poco, tenía que ver con el de los del siglo XIII. De hecho, Clara Foz comenta que Hermán de Carintia, en su traducción del árabe al latín del *Planisferio* de Ptolomeo, mostraba su desencanto ante la situación en la que vivían los traductores:

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

> Hermann declara haber tenido la tentación, ante la indiferencia de la sociedad local, de abandonar su pesada tarea para dedicarse a actividades más corrientes, más lucrativas y que obtengan un mayor reconocimiento (CLARA FOZ, 2000: 63).

En el siglo XIII, con la intervención de Alfonso X en la traducción, a los traductores se les reconoció su condición de profesionales de la lengua. Ahora bien, no queda demasiado claro si el hecho de reconocer su estatus, comportó una mejora por lo que a sus plausibles beneficios adicionales se refiere.

A guisa de conclusión

Como hemos visto en las líneas precedentes, la traducción y la interpretación constituyen dos actividades que comparten un mismo fin -comunicar un mensaje enunciado en una lengua diferente a la del discurso original, ya sea escrito u oral- pero su evolución natural ha ido siguiendo caminos distintos hasta llegar a nuestros días. Este hecho no entrañaría particularidad alguna si dejáramos a un lado el estudio de la traducción en la España de la Baja Edad Media. En efecto, fue en ese momento en el que -por primera vez- la traducción y la interpretación llegaron a un grado de imbricación, hasta ese momento, jamás acaecido en tierras españolas. Ambas actividades constituían el haz y el envés de una misma moneda, toda vez que una no hubiera sido posible sin la otra y viceversa. Los propios traductores medievales confirmaban esta circunstancia y es que, de hecho, estos solían introducir en los prólogos de las obras que traducían su *modus operandi* y el nombre del traductor con el que habían trabajado en la versión de la obra que estaban presentando. En este sentido, no podemos olvidar las palabras del judío andaluz Avendehut cuando en el prólogo del *De anima* dice haber trabajado junto con el Arcediano Dominicus. De este modo, en la práctica habitual de "la traducción a cuatro manos" del siglo XII, el arabista -que vertía de manera oral la información contenida en el texto árabe al romance- estaría traduciendo a partir de un método, "la traducción a la vista", muy utilizado actualmente en las grandes escuelas de interpretación europeas, en tanto que paso previo y antesala de la interpretación consecutiva y simultánea. El latinista -que se encargaba de plasmar por escrito lo que le había relatado su colega arabista vertiendo el mensaje del romance al latín- estaría mucho más cerca de los traductores tal y como los concebimos en nuestros días. En el siglo XIII, ya no se traducía al latín. El romance dejó de ser "lengua de paso" o "lengua coiné" para alcanzar el estatus de lengua de llegada. A pesar de ello, se siguieron manteniendo las parejas de trujamanes: el arabista seguía traduciendo del árabe al romance, pero el latinista dejó de traducir para encargarse de naturalizar el estilo de la versión romance llevada a cabo por el arabista

Concluiremos esta breve exposición recordando a Marcel Proust (1915: 21). Decía el escritor francés: «*Tout comme l'avenir, ce n'est pas tout à la fois, mais grain par grain qu'on goûte le passé*[2]». Esta bella cita ilustra perfectamente el espíritu de este trabajo, pues, si se nos permite la metáfora (parafraseamos a Proust), con la elaboración del mismo hemos tratado de reconstruir -"saboreando los granos que las circunstancias históricas nos ofrecían"- lo que pudo ser y representar la actividad traductora de los siglos XII y XIII y la incidencia que aquellos primitivos actos traslaticios tuvieron para el devenir histórico y lingüístico de las gentes que moraron en la España del Medievo. Probablemente, sin la participación de dos trujamanes -el arabista y el latinista o, dicho de otro modo, el intérprete

[2] El pasado, del mismo modo que el futuro, se saborea grano a grano y no de una sola vez.

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes

y el traductor- en los trabajos de traducción, no hubiéramos heredado buena parte del acervo árabe que tanta incidencia tuvo para el florecimiento cultural, lingüístico y económico de la Península Ibérica.

Bibliografía

AZNAR, F., *España medieval: musulmanes, judíos y cristianos*. Madrid: Anaya, 1990.

D'ALVERNY, M.T., «Les traductions à deux interprètes: d'arabe en langue vernaculaire et de langue vernaculaire en latin », *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*. Paris: Éditions du CNRS, 1989, pp.193-208.

FOZ, C., *El traductor, la Iglesia y el Rey: La traducción en España en los siglos XII y XIII.* Madrid: Ediciones Gedisa, 2000.

GARCÍA YEBRA, V., *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994.

GARCÍA YEBRA, V., *Historia y teoría de la Traducción*. Madrid: Gredos, 1983.

GARCÍA YEBRA, V., "Protohistoria de la traducción", en *Fidus interpres*, 1,11-30, 1989.

GONZÁLVEZ RUIZ, R., "El traductor Hermann el Alemán", *La Escuela de Traductores de Toledo*. Madrid: Cromograf, Artes gráficas, S.A, 1996, pp.65-70.

JACQUART, D., «Remarques préliminaires à une étude comparée des traductions médicales de Gérard de Crémone» en *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*. Paris: Éditions du CNRS, 1989.

JOURDAIN, A., *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote et sur des commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scolastiques*. Nueva York: Burt Franklin, 1960 (versión ampliada por Charles Jourdain).

LE GOFF, J., *Les intellectuels au Moyen Âge*. Paris: Seuil, 1985.

PROUST, M., *À la recherche du temps perdu.* Paris: la Fugitive-Gallimard, 1915.

RECIO, R., *La traducción en España (ss. XIV-XVI)*. León: Universidad de León, 1994.

ROMANO, D., "Los hispanojudíos en la traducción y redacción de las obras científicas alfonsíes", *La Escuela de Traductores de Toledo*. Madrid: Cromograf, Artes gráficas, s.a., 1996.

RUSSELL, P., *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes, 1985.

SÁENZ-BADILLOS, Á., "Participación de judíos en las traducciones de Toledo", *La Escuela de Traductores de Toledo*. Madrid: Cromograf, Artes gráficas, s.a., 1996, pp. 65-70.

SANTOYO, J. C., *Teoría y crítica de la traducción. Antología*. Bellaterra: Publicaciones de Universidad autónoma de Barcelona, 1985.

VAN HOOF, H., *Petite histoire de la traduction en Occident*. Louvain-la-Neuve: Peeters, 1986.

VEGA CERNUDA, M. A., (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*. Madrid: Cátedra, 1994.

VERNET, A., «Les traductions latines d'œuvres en langues vernaculaires au Moyen Âge» en *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*. Paris: Éditions du CNRS, 1989, pp. 225-242.

La traducción de los clásicos. TOLOSA IGUALADA, Miguel. La Trujamanía en la Espa...
Centro Virtual Cervantes